LA CRÓNICA CATALANA DE BERNARDO BOADES

La literatura histórica de Cataluña posee una crónica cuyo autor dícese fué un cura párroco de la villa de Blanes, llamado Bernardo Boades, que vivió a fines del siglo XIV y principios del XV.

La tal crónica se aparta por su plan y método, por su aparato científico y su lenguaje, de todas sus contemporáneas de España y de fuera de España. Este apartamiento de lo usado por todo el mundo en el tiempo en que se dice escrita, era motivo de sospechas respecto a su autenticidad: un autor del siglo XV, cuya lengua no es la de los escritores de este siglo: un cronista que escribe con el aparato y la formidable erudición de los historiadores modernos, es efectivamente algo raro.

En el cuerpo de la crónica hállanse, además, frases que permiten vislumbrar una ideología impropia de aquella edad y otras que parecen aludir a hechos que ocurrieron después, bastante después de los años en que vivía el cura de Blanes.

Todo esto me movió a considerarla apócrifa, es decir, escrita en una época que no es la que se dice, y por alguien que tomó el nombre del cura y le usó como pseudónimo suyo.

A medida que fuí estudiando ese libro fueron acreciendo mis sospechas, y hoy creo poder demostrar que se trata de una falsificación realizada en el siglo XVII por un historiador catalán llamado fray Juan Gaspar Roig y Galpi.

Fecha verdadera de la crónica.

Aunque la lengua difiere notablemente de la de todos los catalanes contemporáneos del cura Boades; aunque la erudición pasmosa de que hace alarde, era inusitada en este tiempo, y el método de exposición tardó más de un siglo en imponerse a la historia, de estas pruebas no hago caso por que su valor probatorio es muy poco cuando no las corroboran otras de fondo más

categóricas y decisivas: contra la lengua cabe alegar que los copistas la remozaron pervirtiéndola: contra el aparato, la erudición y el plan, que el autor se adelantó a su tiempo y aventajó a sus contemporáneos.

Voy, pues, a presentar pruebas de fondo.

Es evidente que una obra histórica es posterior a los sucesos que narra: ninguna puede referir lo que no ha sucedido aún.

Si la crónica cuenta lo que su autor, el auténtico cura de Blanes, no pudo conocer por no haber tenido realidad, es indudable que no la escribió él, sino quien conoció los hechos narrados.

Y la crónica que corre con el nombre de ese pobre cura contiene noticias inventadas en el siglo XVI, a fines de este siglo, y divulgadas en el siguiente. Para los efectos de la crítica tanto vale un hecho real como fingido.

Es verdad que el autor siembra las páginas de su obra de nombres de autores clásicos griegos y latinos, de Santos Padres y otros autores eclesiásticos; que dice que ha visitado archivos y bibliotecas, incluso el Real de Barcelona y la Vaticana; que afirma haber utilizado muchos libros y papeles antiguos, inscripciones y monedas; que se lamenta de lo infructuoso de sus pesquisas para encontrar la obra de Dextro. Lo cierto es que ni los clásicos, ni los Santos Padres, ni los autores eclesiásticos, ni los archivos, ni las bibliotecas, ni las inscripciones, ni las monedas, le pudieron proporcionar las noticias que consignó, y que en cambio se las dió esa obra de Dextro, tan infructuosamente buscada.

Todas las idas y venidas de los tres apóstoles Santiago, San Pedro y San Pablo a España, los nombres de sus discípulos y de las sedes donde fueron consagrados obispos; todos los mártires y santos y varones apostólicos que vivieron o nacieron aquí están referidos en la crónica de Boades exactamente como en los cronicones de Dextro, Máximo, Hauberto y Liberato. Y alguna que otra noticia de orden político tiene también su fuente en ellos.

No es necesaria una comparación completa de estos engendros de los falsificadores con la obra de Boades: señalar unas cuantas concordancias es suficiente.

La noticia de haberse promulgado en Tarragona el edicto para

el empadronamiento de los habitantes del Imperio de que habla el Evangelio es invención del falsario autor del cronicón de Liberato y consta en la crónica; la venida a España de Simón Cirineo con sus hijos Rufo y Alejandro es otra invención y consta asimismo en aquella: el párrafo que lleva en la edición de la editorial Barcino el epígrafe L'Apostol Sant Jaume, es paráfrasis del de Dextro acerca de lo mismo; así como el de la p. 66, titulado Sant Pere y Sant Pau, aunque aqui cite a Metafrastes para despistar. Igual origen de Dextro y Liberato tiene el capítulo de la p. 86.

Las concordancias podrían multiplicarse, y para los efectos de deducir de ellas el verdadero tiempo en que se escribió esta crónica, esos hechos, aunque falsos e inventados, tienen el valor de reales. En rigor tuvieron realidad y sucedieron cuando sus inventores los crearon.

La crónica, por tanto, debió escribirse, se escribió seguramente, cuando las falsedades del P. La Higuera se habían divulgado. Y como esto sucedió entrado ya el siglo XVII, a este siglo debe retrotaerse aquélla.

Esta prueba sentencia sin apelación. Y determinada la fecha de la crónica, explícome lo chavacano del lenguaje, los alardes de erudición, el método constructivo y cuantas cualidades apartan este libro de historia de sus congéneres del siglo XV. Un hombre del siglo XVII no podía escribir el catalán de Bernat Metge, ni concebir la historia y exponerla como los cronistas medievales.

El autor de la Noticia preliminar excusa el lenguaje de la crónica, acusando al autor de haberse expresado demasiado familiarmente. Pero ¿había en el siglo XV un catalán literario y otro familiar? ¿Puede hacerse esta distinción en ninguna lengua hablada en el siglo XV?

Respecto de las fuentes de la historia antigua nada se dice en esa Noticia: su autor acepta las autoridades que el cronista trae y cree de buena fe que sirvieron de fuente. Desde el momento en que no dudaba de la autenticidad de la obra editada, no había por qué confrontar las noticias con el autor de quien las tomaba.

Pero hay una ideología respecto de España, que no sé cómo ha pasado inadvertida: háblase en la crónica de la península

como un Estado y como patria de cuantos viven en ella. Y este no era el modo de pensar de los peninsulares de entonces; para ellos España era, cuando más, una unidad geográfica de idéntico valor al de Europa para nosotros, que somos europeos, mas no tenemos como patria este continente; eran españoles, mas no tenían a España como patria suya.

Esto no se impuso hasta el siglo XVI, y no se divulgó hasta el XVII, y sin embargo esa crónica habla de España como podría hablar el catalán más españolista, como hablaban los catalanes después de 1660.

Los caracteres intrínsecos y extrínsecos que a simple vista hacen desconfiar de la autenticidad de la obra, tienen explicación una vez fijada en el siglo XVII la fecha verdedera de la misma.

¿Quién fué o pudo ser el falsario?

Al llegar a este punto he de aclarar el concepto que vertí en mi libro, «Aragón en la edad media». En este exponía mi opinión de que muy verosimilmente un libro titulado «Le fi del Conte d' Urgell o Scriptura privada» fuese del mismo autor que escribió la crónica de Boades. Debo decir que sin declararlo pensaba que ese autor hubiese sido D. Diego Monfor y Sors, autor de la historia de los condes de Urgel, que llena los tomos 9 y 10 de la colección de «Documentos inéditos del Archivo de la Corona de Aragón».

A este resultado me conducía el siguiente raciocinio.

Monfor tuvo, sin duda, al escribir esta historia el propósito de vindicar a Cataluña de la nota de rebelde cuando se sublevó contra Felipe IV. Aunque trató de la historia de aquel condado desde los tiempos ibéricos, su fin estaba en el último conde, al que quería presentar como el de mejor derecho, injustamente desposeído de un trono e inicuamente tratado.

Monfor fué un sublevado contra el rey de España; fue uno de los rehenes que el principado dió al rey de Francia, y fué nombrado por éste Director del Archivo Real, hoy de la Corona de Aragón: necesitaba vindicar su región y vindicarse él de la nota de traidor inherente a la rebeldía, y para ello no encontró más camino que el de probar que Felipe IV no era soberano legítimo de Cataluña porque descendía de Fernando de Antequera y no

de D. Jaime de Aragón, a quien correspondía en derecho ser rey.

Con nuestras ideas estos propósitos no se comprenden, mas con las de entonces sí; los reyes lo eran por derecho divino; rebelarse contra ellos era faltar a todas las leyes divinas y humanas, cometer delito de traición y esto a los hombres del 1600 ponía los pelos de punta, como se les puso a los aragoneses después de 1591, año de los sucesos de Antonio Pérez.

Para demostrar eso escribió su historia de los Condes de Urgel con el aparato de una historia general, empezando *ab initio*, hablando de lo divino y de lo humano, utilizando los clásicos, las crónicas de Zurita y Mariana y los falsos cronicones de Dextro y Máximo, a los cuales concede valor absoluto, aunque en una nota de la p. 204 del tomo I hace notar que hombres doctísimos los tienen por obra de algún moderno.

Con idéntico aparato está escrita la crónica de Boades, la cual concuerda con la historia de los condes en su apreciación de la sentencia de Caspe y de sus consecuencias para Cataluña.

Las dos obras podían, pues, haber salido de la misma pluma. Pero es el caso que Monfor, que hasta resuelto el compromiso, cita fuentes autorizadas según él, a partir de la sentencia y de la rebelión del último conde, se desentiende de esas fuentes, se aparta de ellas y acepta la dicha «Scriptura privada» que traslada íntegra casi a su historia.

¿Por qué un hombre que había seguido hasta entonces a Zurita y que disponía del Archivo, prescindió tan de golpe del Archivo y de Zurita y se echó en brazos de un anónimo sin autoridad? A Monfor no podía ocultársele que Zurita no miente nunca, ni calla jamás la verdad; pudo comprobar cuanto este dice con documentos: y sin embargo Monfor prescindió de él y de los fondos del archivo y se fué con el anónimo.

No encuentro más respuesta a la pregunta de por qué obró así, que esta: Monfort necesitaba probar que el conde era de mejor derecho que Fernando, y además excitar la compasión hacia el injustamente desposeído, y a falta de documentos probatorios, los inventó. Para mí él es el forjador de ese documento titulado «Le fi del conte d' Urgell o Scriptura privada»

Esta no es contemporánea del compromiso, no es ni siquiera del reinado de Alfonso V, es posterior a la sublevación del príncipe

de Viana; pero tan posterior es el tiempo de la paz que siguió a esa primera rebeldía, como el que vió a los segadores. Y a un historiador como Monfor le era muy fácil colocarse en un siglo anterior.

Por esto atribuía a Monfor su historia indubitada de los condes de Urgel, la Scriptura y la crónica de Boades.

Hoy no creo lo mismo: Monfor puede ser el autor de las dos obras primeramente citadas, no de la última.

Me fundo para estas afirmaciones en que si todas las razones que permiten atribuir la Scriptura privada al mismo autor de la Historia de los condes de Urgel quedan en pie, las que me hicieron creer que ese mismo escribió la Crónica de Boades las destruye esta otra. Monfor no cita más falsos cronicones que los de Dextro y Máximo, no el de Hauberto, invención de Lupian de Zapata, mientras que la Crónica sigue con preferencia a este último, aunque sin citarlo como no cita a ninguno; y es que Monfor murió antes o por el mismo tiempo en que Lupian lanzara su cronicón a la publicidad.

Hay, pues, que liberar a Monfor en cuanto a la crónica de Boades de la nota de falsario.

El que creo autor indubitado de esta crónica es el fraile menor fray Juan Gaspar Roig y Galpí. Este es el que halló la copia hecha del original por Rafael Coll y Ferrer, por encargo de Jaime Ferrer de Blanes; este el que la volvió a copiar y la trasladó al castellano; este el primero que la utilizó en una obra suya.

Esto, sin embargo, no probaría que él la escribiera. El verdadero autor pudo ser otro que no atreviéndose a declararlo la colocara entre los protocolos del notario de Blanes, para que andando el tiempo un infeliz investigador diese con el manuscrito y cargara con la culpa probable de ser el impostor.

Desde luego que no fué ese atrevido falsario ni el cura Boades ni el copista que la trasladó para Jaime Ferrer de Blanes, porque los tres son anteriores en más de cien años al autor de los falsos cronicones.

¿Fué Roig y Galpí? De él dice el P. Félix Torres Amat que no siempre escribió con la justa crítica que sería de desear, sino que se dejó arrastrar muchas veces de su excesivo amor a la gloria

de su patria, lo que le hizo ensalzar hechos de sus antepasados sin tener datos fidedignos, fiándose su buena fe de varias tradiciones y escritos vulgares.» Dice esto con referencia de modo especial a la obra titulada «Paralipomenon de los santos de Cataluña, con la historia de su vida, milagros y martirio y lugar donde están sus reliquias.»

Fué a su modo investigador infatigable y enormemente prolífico: según el mismo Torres Amat escribió una crónica general de Cataluña, un resumen historial de las grandezas y antigüedades de la ciudad de Gerona; vida y muerte de San Narciso; Apologia de los santos mártires de Blanes Donoso y Maximiano; Paralipomenon de los Santos de Cataluña; Reales elogios de Cataluña, ilustrados y aumentados de la nobleza y gloriosas hazañas de sus héroes, con discursos en el fin muy curiosos. Roig y Galpi obtuvo de Felipe IV el título de cronista de S. M. en todos los reinos de la corona de Aragón.

Como puede advertir quien conozca la Crónica, todo lo tratado en ésta es análogo a lo tratado por el fraile menor en sus obras indubitadas. Y es tal mi convencimiento de haber sido este fraile el forjador de esta crónica, que no habiendo visto ninguna de las obras ciertas suyas, por no estar en ninguna de las bibliotecas de Zaragoza, afirmo sin vacilación que en ellas están variados los falsos cronicones y la misma crónica de Boades.

El cronicón de Liberato.

Lo afirmo de modo tan categórico por ser fray Juan un reconocido falsario, un colega de Lupian de Zapata y del P. La Higuera.

El P. Félix Torres Amat no menciona todas las obras de fray Juan Gaspar Roig: la más importante para mis fines, el cronicón de Liberato, la calla; y es natural; el fraile menor no lo dió como obra suya, siéndolo tanto como las que dió a la estampa con su nombre.

En el año 1669 era el P. Argaiz uno de los muy pocos que defendían aún los falsos cronicones, y lo hacía con un entusiasmo que compensaba la debilidad de sus fuerzas. «Pero he aquí, dice Godoy Alcántara en su *Historia crítica de los falsos cronicones* (p. 291), que en lo más recio del combate recibe una carta

de un padre fray Juan Gaspar Roig y Galpi, provincial de los mininos en Cataluña, natural de Blanes y que vivía en Gerona ocupado en ilustrar la historia eclesiástica y secular de esta ciudad y del Principado, participándole que era poseedor del cronicón del monje Liberato, adquirido de los papeles que había dejado a su muerte Pedro de Marca.

La comparación del cronicón este con la crónica de Boades, da resultados sorprendentes en cuanto a la concordancia de las noticias; rara es la que no consta en los dos monumentos históricos, como raro es que las de Liberato no consten en el de Dextro, Hauberto y Máximo; el mismo fray Roig dice que quizá no lleguen a treinta las cláusulas que no se puedan probar con otros testimonios, es decir con otro falso cronicón.

Que Roig fué el engendrador del cronicón de Liberato, no admite duda ni controversia; que él fué el que halló en la biblioteca del notario de Blanes la copia de la crónica de Boades, tampoco la admite; la concordancia entre el cronicón y la crónica excluye hasta la posibilidad de que esta se forjare sin tener a la vista el otro. ¿Quién pudo tenerla antes de fray Roig? ¿Quién antes que éste conoció el cronicón de Liberato ni pudo conocerlo? Yo creo, a la vista de estos hechos que no es calumniarle atribuirle la paternidad de la crónica.

Algunas coincidencias de estilo en los dos y en las circunstancias del hallazgo, aunque recuerdan los de los falsos cronicones, revelan una misma mente. Al decir del falsario autor de la crónica, ésta la escribió el cura Bernat Boades; del original sacó una copia para Ferrer de Blanes, Ferrer y Coll; este traslado es el que halló Roig y Galpi; el original y la copia primera han desaparecido.

El original del cronicón estaba en Saint Denys; un monje de Ripoll pidió un traslado y le fué remitido; cuando en 1640 los catalanes se sublevaron y proclamaron Conde de Barcelona al Rey de Francia, vino a Cataluña el Arzobispo Pedro de Merea, quien al volver a su país se llevó de Ripoll la copia del manuscrito de Saint Denys. Enterado fray Roig de que muerto el Arzobispo se vendían sus papeles, adquirió la copia del cronicón de Liberato por ocho doblones; sacada una copia auténtica por un notario de Gerona para remitirla al P. Argaiz, el manuscrito de

Saint Denys y la copia de Ripoll desaparecen como el original de Boades y la copia de Ferrer y Coll.

¿No declara esto que en ninguno de los casos hubo ni original ni primera copia, sino invención en ambos casos por la persona que dice que encontró y adquirió la una y el otro?

Liberato dice que recorrió dos veces España «registrando archivos, compulsando escritos y examinando y discutiendo tradiciones»; también el autor de la crónica visita esos establecimientos y colecciona monedas y copia inscripciones con grandes molestias y gastos; y también Roig se lamenta de sus trabajos y de las groserías de ciertos archiveros.

Liberato alude muchas veces a los cambios de nombre o de importancia de las ciudades con la frase *meo tempore*, exactamente como en la crónica de Boades.

Todo, pues, converge en Roig y Galpi para señalarle como autor de la crónica atribuída a Boades.

¿Qué se propuso el falsario?

A mi juicio el mismo fin que cuantos falsicaban esta clase de obras en su tiempo: enaltecer las antigüedades eclesiásticas de su región. La controversia que dió nacimiento a los falsos cronicones no se refería ni al dogma ni a la liturgia, sino a la historia de las iglesias; todos se proponían presentar las suyas más aventajadas, más preeminentes y más antiguas; remontar sus orígenes a los tiempos apostólicos, tener obispos que conocieron a los discípulos de Jesucristo y lo conocieron y fueron convertidos por él. Roig y Galpi no quiso que su Cataluña fuese menos que otras regiones españolas, y no teniendo noticias las inventó, imitando el ejemplo de tantos que por armonizar opiniones opuestas o de ennoblecer sus iglesias dándoles antigüedad y santos se lanzaban a inventar.

Roig y Galpi es uno de esos que no creían pecado mentir de esta manera; pero más que su catolicismo, lo echó por esta senda su patriotismo. Él, que inventaba santos y los martirizaba y los atribuía milagros, no podía creer en ellos; pero no quería que a sus iglesias de Cataluña las aventajaran otras de España merced a esas mentirosas invenciones. No se propuso dar autoridad a los falsos cronicones, cuyo valor conocía bien, pues era autor

de uno; no quería polémicas acerca de lo que consignaban, pero tampoco que Cataluña perdiese lo que Dextro y Máximo y Hauberto le habían atribuído, y no teniendo pruebas las inventó.

Este es el fin que se propuso, lo mismo al redactar el cronicón de Liberato, que la crónica de Boades.

Estas dos obras tienden a ese fin, si bien la segunda parece que persigue más concretamente el de roborar las falsedades.

Que Roig, el falso Boades, estaba desengañado de la ninguna fe que merecían los inventos de La Higuera y Zapata, es indudable: hay en la crónica un párrafo que parece una ingenuidad y es añagaza para despistar, lo mismo que el lamentarse de no haber hallado el libro de Dextro, lo mismo que el decir que don Dalmau de Mur protegió al auténtico cura Boades para que estudiase: ese párrafo que consta en la p. 91, dice así: «Mas quién os podría contar cuántos hombres y mugeres de toda edad y condición murieron en aquella persecución furiosa en las otras partes de España? Pero como yo no me propongo escribir una historia extensa, básteos lo que os he dicho; y también porque la falta de libros, aunque tengo suficientes, me haría escribir algunas cosas con mengua de la verdad que se debe a la historia, que bastantes tonterías se han escrito, ya sea por esta razón de carecer de los buenos libros que son menester, ya sea por gran ignorancia o ya sea por la vana gloria que han pretendido atribuirse esos escritores agradando al vulgo con mentiras y ficciones.»

¿Quiénes podían ser estos halagadores del vulgo con esos medios sino los que como él llenaban los episcopologios de varones apostólicos y el santoral de santos indígenas? ¿Y no era él uno de tantos? Indudablemente lo era, pero no queriendo retractarse ni que Cataluña perdiera lo ganado, se proveyó de pruebas fingidas y a este fin inventó el Liberato y el Boades.

La invención de este último fué un acierto: el descrédito de los libros a la manera de los inventados era casi absoluta: tachábanles de falsos y se indicaban sus autores: Roig inventó la crónica que no tenía la antigüedad de Dextro y no era tampoco moderna: a los que digeran que tal o cual noticia era inventada por un contemporáneo se oponía el testimonio de un cura del siglo xv que ya la consignó.

Y contra esta nueva forma de las invenciones, la erudición no estaba preparada ni era fácil prepararse.

El nombre Bernat Boades.

En la parroquia de la villa de Blanes era párroco hacia 1400-1420 un presbítero llamado Bernardo Boades; su personalidad está suficientemente acreditada por documentos que vió y publicó el P. Fita.

Pero que viviera ese clérigo no prueba que escribiese un libro de historia, y que él no lo escribiera no impide que otro tomase su nombre para encubrir bajo él una falsificación.

Fray Juan Gaspar Roig y Galpi, hijo de Blanes, historiador y cronista de S. M., dedicado con preferencia a esclarecer las antigüedades eclesiásticas y seculares del territorio de Gerona, debía conocer el Archivo de su parroquia, por tanto, el nombre de sus párrocos, y a uno de ellos endosó su engendro para engañar mejor a los futuros historiadores, por la misma razón que tuvo el P. La Higuera para encubrir su nombre bajo el de Dextro y el propio Roig el de su cronicón bajo el de Liberato, un monje del cual dice Hauberto que *fuit valde historicus.*

La precaución esta de dar como autor de una obra falsa una persona que conste que vivió es naturalísima: todo investigador que utiliza fuentes de primera mano se preocupa por averiguar quien es el que le habla: la biografía del que le proporciona las noticias sirve de garantía a estas noticias: un anónimo no merece nunca la fe de un conocido. Fray Juan Gaspar echó mano de ese buen sacerdote de un pueblo, probablemente por convenirle cerrar su crónica en el período del interregno a que puso fin la sentencia de Caspe.

Con esto, además de señalar como autor una persona letrada y compatriota justificaba su erudición en las cosas eclesiásticas y apartaba de la crónica muy probables censuras adversas.

La edad media en la crónica de Boades.

No teniendo Roig y Jalpi ningún propósito trascendental respecto de la Edad media no inventó nada; creo al menos que no inventó nada y se sirvió para su compendio, casi con seguridad puede afirmarse, de los Anales de Zurita.

Por esta causa ha caído esta crónica en un completo olvido, porque la edad antigua, como él la trató, no interesa hoy a nadie y lo relativo a la edad media es anodino y carece de novedad.

De esta parte sólo se recuerdan ciertas frases acerca de los sucesos del interregno, y del reinado de Fernando de Antequera y su hijo primogénito. ¿Cómo había de imaginar el buen fraile menor que su afán por dar a Cataluña un abolengo religioso espléndido había de ser desdeñado y que en cambio unas frases forjadas sobre Zurita, que traducen el pensamiento de éste, acerca del compromiso de Caspe, el Rey Fernando de Antequera y el Conde de Urgel habían de ser los que dieran fama de historiador y literato a Boades y valor político a su obra? ¿Cuándo ni cómo podía imaginar que aquel engendro suyo formara dos tomos en una colección de clásicos catalanes, considerándole contemporáneo de Bernat Metge?

Esas frases, que no hay libro moderno de historia de Cataluña que no lleve y traiga y amplifique y comente, históricamente carecen de todo valor una vez demostrado que fueron escritas doscientos cincuenta años después de los sucesos a que se refieren. Pero sobre no tener más valor que el que las da Roig y Galpí, que es bien escaso, son en sustancia un trasunto de párrafos análogos que constan en los Anales de Zurita.

Y voy a demostrarlo: el libro más moderno relativo al compromiso de Caspe y tan ferozmente sañudo contra todos los que de primera intención y a todo trance se pusieron contra el Conde de Urgel, que a muchos amigos de este les parece exagerado, es el del arquitecto D. Luis Domenech y Montaner, titulado «L'iniquitat de Casp i la fi del comtat d'Urgel. Estudo histórico-político».

En ese libro se ponen frente a frente, pgs. IX y X, los textos de Boades y del analista de Aragón.

Y el primero dice: «El Papa Benedicto tenía puesta su mira en su provecho y en mantenerse en el Pontificado más que en el bien y utilidad de la tierra, porque codiciaba que hubiese en Aragón hecho por él, que le debiese ser rey, para con esto obligarle a mantenerlo en el Papado.»

Y dice el segundo: «El Papa Benedicto no había de dar favor que prevaleciese el derecho del conde de Urgel por convenirle

que la sucesión de estos reinos recayese en el infante de Castilla, porque con ello le parecía que fundaba su pontificado y tenía segura y muy cierta la obediencia de los reyes de Castilla, Aragón y Navarra... esperaba que sería preferido a la de sus vecinos si por su mano y medio Príncipe de aquella casa sucediese en el reino de Aragón.»

Otro párrafo de Boades dice: «Os diré que muchísimos quedaron descontentos de la sentencia del Parlamento de Caspe, tanto de Aragón y de Valencia como de Cataluña. Pero los que más se enojaron fueron los catalanes, pues todos anhelaban tener un rey de la misma casa de los condes de Barcelona por línea masculina, como el sobredicho Jaime, conde de Urgel, que hoy día está preso y desposeído de todos sus bienes... Y además los catalanes le tenían gran amor y aun se lo tienen.» (Traducción de Rovira y Virgili en «El Nacionalismo Catalán» p. 72.)

Y Zurita dice: «No fué tan general el regocijo de este autor que no se hallasen en aquel lugar (de Caspe) muchos que tuvieron dél gran pesar y sentimiento, y aunque el pueblo hacía sus alegrías y fiestas quedaron algunos maravillados y como atónitos y no solamente estaban confusos, pero públicamente se comenzaron a quejar y murmurar que hubiese sido preferido en la sucesión príncipe extranjero teniéndolos naturales y de legítima sucesión... consideraban la gloria y renombre de los príncipes de aquella casa (real de Aragón) que por más de quinientos años había durado por línea de varones desde el primer Wifredo conde de Barcelona, cuyos sucesores entraron en la sucesión del reino de Aragón habían puesto sus vidas por tantos siglos en las guerras de una tan cruel y larga conquista, para que en una hora nueve personas de diversas profesiones y de diferentes naciones diesen el reino que se había conquistado por las armas con la sangre de tantos príncipes y reyes al que bien visto les fuese.»

No dice aquí Zurita que los más enojados fueron los catalanes, pero al dar cuenta de la embajada de los del Principado al nuevo rey los alaba grandemente por la recomendación especial que le hicieron de los demás pretendientes al trono y sobre todo del Conde, que fué el más recomendado.

Las ideas, pues, concuerdan y no hay entre Zurita y Boades discrepancias esenciales.

Lo que sí es invención del autor de la segunda es eso de que del mal gobierno de Fernando se siguieron a Cataluña grandes males por desconocimiento que aquel tenía de las leyes y privilegios del condado y a él y a sus castellanos, privados de la gran libertad de los catalanes, parecerles mal ésta.

Pero es invención si la crónica se da como de 1420, no si se le asigna su verdadera fecha, la segunda mitad del siglo XVII.

El reinado de Fernando fué para él y el país muy agitado; él era el primero de una familia, le había precedido un período de pasiones y sobresaltos; muchos de los tres reinos le consideraban soberano ilegítimo; un competidor se le había sublevado, no podía fiarse de todos sus súbditos y, sin embargo, su gobierno fué prudente al par que enérgico; la única crueldad, el único castigo la realizó y le impuso al rebelde, al Conde de Urgel; por añadidura de estas preocupaciones interiores la cuestión del cisma le amargó la vida. Fernando, católico fervorosísimo, anhelaba la solución de este problema como el que más, y sólo lo posponía a la salvación de su alma.

Nadie ha indicado qué desastres sucedieron a Cataluña entre 1412 y 1420, ni qué crueldades se cometieron. Dícese que en unas Cortes pronunció palabras vejatorias para Cataluña, pero eso es un dicho sin comprobación; las Cortes catalanas se lamentaron en su tiempo de los abusos de los oficiales reales, del quebrantamiento de los fueros, del derroche de la hacienda; mas esto no era nuevo: esto no sucedió ahora por vez primera: esos lamentos constan en todas las Cortes anteriores y los que se escandalizan por ello demuestran no conocer la historia de esta institución.

Lo que antes pasó era preciso que ahora pasara también y más agravado; los reinos de la corona de Aragón, fieros de sus libertades y privilegios y empeñados en mantener su personalidad, se habían fosilizado legalmente, vivían de espaldas al presente y al porvenir; tenían una legislación medieval y con ella querían ser gobernados en el siglo del Renacimiento; existía una evidente oposición entre el estado legal y el social, entre lo que era y lo que pretendían que fuese. Esta oposición provocó en los aragoneses la rebeldía contra Felipe II y la de los catalanes contra su nieto Felipe IV.

Un hombre como Roig y Galpi, que había visto en Cataluña

los ejércitos españoles que muertos de hambre y desnudos habían de entregarse al pillaje para vivir, que había presenciado la guerra civil y la internacional subsiguiente, podía hablar de desastres y traer como testimonios a cuantos catalanes y no catalanes vivían en Cataluña y hasta decir que los tenía recopilados en otro libro; pero el cura de Blanes no, porque no los presenció él ni los otros. Con razón dice que los puso en otra obra · por no ser bueno ponerlos aquí.· ¿Cómo había de ser bueno poner en una crónica que fingía ser de principios del siglo xv lo que había sucedido casi al final del xvii?

Nuevamente el mismo libro proporciona pruebas de haberse escrito en fecha posterior a la del cura auténtico de Blanes.

Conclusión.

Sin embargo, la crónica esa, por esos párrafos referentes al compromiso de Caspe y sus consecuencias, ha servido y sirve de base aún a una literatura histórico-política formidable en el doble sentido de grande y temible, por ser el único testimonio contemporáneo del disgusto de Cataluña por la sentencia de los compromisarios.

Este artículo es el primero que trata de probar, y a mi juicio prueba que no hay tal contemporaneidad, que no lo escribió Bernat Boades, sino fray Juan Gaspar Roig y Galpi, quien si antes figuraba ya en la historia de los falsos cronicones al lado del toledano La Higuera, del ibicenco Lupian de Zapata, el andaluz Padilla y otros, ahora puede hombrearse con el aragonés Pellicer de Ossau, el gran artífice de falsificaciones.

Aunque sea este el primer artículo donde razono mi sospecha, no es esta la primera vez que la expongo: y si una simple enunciación de no ser auténtica motivó respuestas entusiastas, es muy probable que este artículo motive otras; la historia y la verdad saldrán ganando con ello.

ANDRÉS GIMÉNEZ SOLER